

Soledad: Placer culposo

A. Glez



Capítulo 1

I

iInsoportable... lo odio! El pensamiento que acechaba a mi mente desde varias semanas atrás. Había perdido la cuenta de los días que se me habían ido en mera pretensión, actuaba sentirme animosa respecto de mi situación. Vana era la exageración de mis esfuerzos por mostrar una sonrisa espontánea ante los humores cotidianos que trae la vida. A través de aquel gesto mi frustración aun resultaba evidente. Pero Bernardo parecía ser ajeno a tal situación. No callaba nada, ni un momento, hablaba sin detenerse y no lo notaba.

-...el secretario dijo que la sentencia estaría lista para la próxima semana, más o menos. Eso espero, me urge que se resuelva ese asunto. Después de tantos años, al fin ya pasamos a sentencia, ya es avance. Luego, en el asunto de los Ramírez, el de la sucesión, ¿sí te acuerdas cuál es? Bueno, el notario me dijo que se había retrasado el trámite porque...

-¿No tienes hambre? La sopa ya debe estar fría. Interrumpí a Bernardo en esperanza de que llenara su boca de otra cosa que no fueran palabras.

-Ah...sí, no importa. Pero ¿en qué estaba? ...ah, sí, ya me acordé, que el notario me dijo que...

Mientras él continuaba palabra tras palabra, sin tomar bocado ni respiro, en lo único que yo pensaba era en tomar el plato de sopa y aventárselo a la cara. A lo mejor así se quedaría sin palabras por una vez. Lástima que la sopa ya no estaba tan caliente, y aún más, que no me atreví a hacerlo, nunca lo haría. Los modales son esenciales para la consciencia. Y cuando la paz que brinda la armonía es prioridad, son necesarios.

Lo único que deseaba en momentos como aquel era que permaneciera en silencio, que no tuviera nada más que decir. Que callara por el instante que dura un parpadeo, eso me bastaba. Quería que por el transcurso de un minuto entero Bernardo no lograra articular palabra alguna ni cosa alguna que preguntar. Terminaba exhausta sin oportunidad de recuperación ni descanso tras soportar sus cuestionamientos irracionales que eran tan incesantes como repentinos: ¿Estás bien? ¿Segura? Estás muy callada.

Sentía como el desprecio se presentaba como una seductora idea en mis pensamientos hasta transformarse en una emoción colérica que envenenaba mi alma. *¿iCallada!? Aunque quisiera hablar, no dejas oportunidad con tus incesantes pláticas. ¿Tengo que hablar todo el tiempo como tú, que no puedes controlar tu boca para cerrarla y callarte por un momento, para que me sea posible "estar bien"!?* Me decía sin

mostrarle una expresión congruente con aquellos pensamientos.

Es fácil de entender, si no hablo es porque no tengo nada que decir o no hay nada de lo que pueda decir que quiera decirlo ni que desee sea sabido. ¿Por qué mi silencio es causa de molestia? ¿Por qué causa enfado que decida guardar mis pensamientos en mi cabeza, que sean sólo para mí, que residan en donde y en quien pertenecen? Es una de las mejores cosas que puedo experimentar en esta vida tan llena de bullicio, por aquí y por allá...tanto ruido. Me vuelvo loca. El misterio vuelto intriga que implica el silencio es de por sí atractivo, pero no lo es tanto como la decisión de callar. A ese juicio que lleva a alguien a ejercitar su prerrogativa de callar y con toda intención tiene la voluntad de reservarse algo para sí mismo y nadie más, le encuentro más que admirable, irresistible.

Si hubiera tenido la voluntad de guardarse sus palabras y por un momento dejarnos disfrutar, en nuestras compañías, de la dicha de la paz del silencio, hubiera sido perfecto. Bernardo tenía un rostro cuya belleza masculina llegaba a tentar mi debilidad, haciendo que casi me olvidara de toda racionalidad, mejor dicho, de esas manías mías. Eso al menos, cuando recién lo conocí. De no haber sido por ese afán suyo de mantener la conversación "interesante", podría haber terminado por perder el poco buen juicio y cordura que me quedaban, si eso significaba de no tener que dejar de admirar esa cara suya que, puedo decir con toda certeza, no se va a repetir nunca más en el mundo.

Harta, cansada...asqueada estaba ya. Tantas palabras dichas que no significaban nada más que ruido para mis oídos y tortura para mi mente; no lo quería soportar ya. Dicen que, si repites una palabra varias veces, tantas de modo que empieza a sentirse totalmente desconocida y así, a perder su sentido, termina por volverse un sonido sin significado alguno. Todas las palabras que salían de su boca, cada conversación con él, se habían vuelto eso: palabras sin sentido, sólo enunciados sin intención ni razón que hacían ruido al ser pronunciados por sus labios. Eran no más que ruido.

Un viernes de invierno, temprano en la mañana, me despertó el sonido de mi teléfono.

La alarma, ya deben de ser las siete, pensé.

Tomé el teléfono, que estaba sobre la mesita de noche al lado izquierdo de la cabecera de mi cama. Sin abrir los ojos, traté de hacer callar el teléfono, hasta que lo conseguí. Pero segundos después, el sonido comenzó de nuevo, así que, otra vez a ciegas traté de apagar el sonido, pero sin poder ver lo que hacía.

Mi reacia actitud a permitir que mis ojos fueran molestados por la luz de la mañana, aunada a mi torpeza usual, logró que tumbara el celular de la mesita antes de poder silenciarlo. Sin remedio, abrí los ojos, me levanté y me senté al borde de la cama para buscar el teléfono en el suelo y mandarlo callar al fin. Tirado en la alfombra, lo alcancé y lo tomé, cuando me dispuse a apagar la alarma de una vez, alcancé a distinguir en la pantalla "llamada entrante", sin notar quién hablaba, ni mayor información, mi somnolencia no me dio más que pensar que sólo hacer lo lógico: contestar la llamada.

-¿Bueno? - contesté con voz adormecida todavía.

-Buenos días, mi amor.

-... ¿Bernardo?

-¿Te desperté? Quise hablarte muy tempranito, antes que tuvieras oportunidad de hablar con nadie más. ¡Feliz aniversario!

-¿Qué?, ¿feliz qué...es en serio? ¿Nada más para eso me hablas ahorita?

-Sí, quise darte la sorpresa. No sabía si despertarte mandándote un arreglo gigante de flores a la puerta de tu casa o hablarte para que mi voz fuera a la primera que escucharas el día de hoy...y yo también a la tuya, antes de irme a trabajar. Pensé que hablarte sería mejor detalle.

-Dejarme dormir otro rato más hubiera sido un excelente detalle. - Dije con una frustración inocultable en el tono de mi voz.

-Me encanta tu sentido del humor. -Descaradamente Bernardo dijo, mientras podía escucharlo reír.

-No es broma. -Dije, al notar que le hacía gracia mi comentario sincero.

-Entonces, ¿quieres las flores, mejor? - Preguntó mientras el cínico seguía riendo.

¡No, no, no! ¡Por favor, cállate! Deja de decir estupideces... tantas cosas sin sentido... ¡Bla, bla, bla! Son las seis de la mañana y me hablas para decirme: ¿¡Feliz aniversario...mi amor!? Era lo único que mi cólera me dejaba pensar en aquel momento.

¡Odio! Sólo incrementaba mi odio por él. ¡Lo detestaba! Con todo mi ser. No podía soportarlo más, ya no. Había tenido suficiente y, hasta más, de lo que hubiera pensado poder resistir.

Capítulo 2

II

El amor está sobrevalorado. Las relaciones sentimentales; todo es un fiasco. Debí haberlo imaginado, así me hubiera ahorrado la fatiga de tener que pretender interesarme por la vida de un extraño. Una persona con quien nada comparto, ningún detalle de nuestras vidas tenemos en común. ¿Cómo ha de ser eso posible? Dos individuos engendrados, cada uno, por personas distintas, ajenas a las otras. Luego, criados cada quien en un ambiente distinto al del otro, y sin olvidar que, además cada cual cuenta con características innatas, muy suyas, esas que no son negociables. Imposible congeniar entre dos individuos a un nivel tan íntimo, dadas tales inmutables circunstancias del fatídico destino al que ha de encontrarse uno atado desde su concepción.

Y dejar mi soledad, mi libertad, ¿por una situación de mera ilusión?
Nunca...bueno, nunca más.

No, nunca he tenido "una mala experiencia en el amor" ni tampoco he pensado "no he sido amada como lo merezco" como acostumbran decir mis compañeras de trabajo compadeciéndose a sí mismas. Ciertamente que todas han sufrido y, algunas, aún lo hacen, claro está que ha sido por voluntad propia.

Carla se queja de su novio porque no es "detallista" y no le da flores en su aniversario porque dice él que esas son sólo para los difuntos en los panteones. No me atrevería a refutar ese argumento, no sería más que una discusión en la cual estaría resuelta a perder.

Luego está Raquel. Ah... Raquel, con su amante "secreto" a quien todos en la oficina conocemos. La discreción no es lo suyo y, abusando de ese defecto, en casi todas las ocasiones han de asistir a las festividades laborales acompañándose. Así que, para la única que es secreto es para la ingenua de la esposa de su amado amante. Pero Raquel dice que hay que tenerle buena fe, no hay razón para desconfiar de él, que ha sido "leal" a ella. Para estar juntos "como Dios manda" sólo tiene que esperar un mes o dos, igual un poco más, al fin no hay tanta diferencia y hasta más ha esperado en esa relación adúltera. Lo digo porque es cuestión de "adultos" semejante decisión de esa relación. Sólo hasta que la esposa de su amado se recupere del reciente parto de su cuarto hijo juntos, con la frente en alto y sin pena, la dejará para darle a Raquel el lugar que le corresponde. Aunque, bien es cierto que, ya está en ese lugar y, sin lugar a duda, lo tiene bien ganado por mérito propio.

En cambio, Raúl, el esposo de Martha, recurrentemente le envía flores a la oficina. Dirían que es muy romántico, tanto que dicha situación suele

causar envidia en mis demás compañeras. ¿Por qué sus parejas no son así? ¿Por qué no las sorprenden con flores o chocolates? Incluso, podrían asombrarlas con un gigante oso de peluche. Qué repugnante. Con todo, debo admitir que es buen detalle de Raúl mandar flores a su amada esposa. Sí, sí, aún cuando lo hace a manera de disculpa por haberse acostado con otra mujer, más, que él ni estaba en sus cinco sentidos, estaba muy alcoholizado y lo hizo en una fiesta de trabajo con su secretaria que no es más que una ofrecida, por eso mejor ya la corrió. En seis meses ya había tenido cuatro secretarías distintas. Eso sí, de que el hombre es generoso y creativo con la única mujer que en verdad ama, de eso no hay duda. Los obsequios no siempre eran flores. Martha presumía nuevos aretes o nuevos zapatos que hacían juego con su bolso de diseñador más pronto que lo que tardaban nuestros cheques de pago.

Preferiría ya ni hablar de Leonardo, tan leal y honorable. Perfecto imbécil. No sé por qué Natalia está con él, ni entiendo cómo se sintió atraída hacia él, para empezar. Es un tipo vergonzoso para su género...y toda la humanidad. Un "hombre" que cree que nadie lo merece, se cree superior: más guapo, con más dinero, más interesante, más culto, con más clase...más idiota que nadie. Por favor, ¿clase? El pobre iluso cree que usar zapatos de diseñador que le costaron el equivalente a un año de mi salario, traje hecho a la medida, y por si fuera poco, saber para qué sirve el inútil tenedor de tres dientes, es tener clase. Ni idea tiene. Mejor aún, después de la clase, su honorabilidad es lo que más destaca en él. Tan lindo como sólo él puede ser, organizó una fiesta de cumpleaños para Natalia, su novia de tan sólo dos semanas, sí, cuando todo es nuevo y emocionante todavía. Natalia es mi compañera de trabajo y única amiga, podría decir. No niego que mi molestia por Leonardo es personal. Más allá de que no esté de acuerdo con sus principios morales, cualesquiera que sean, es que estimo a Natalia como a pocas personas. Ese lindo "caballero", ese mismo, osó sin vergüenza a decirme "qué lástima que no te haya conocido a ti primero". Inmediatamente después, de modo casi furtivo, me tomó por el cabello con fuerza mientras que logró pasar por mi cuello su lengua repugnante, más por las palabras que ha de decir con ella que por su asquerosa saliva. Sólo lo alejé de mí como pude, lo más pronto que pude. Mirándole a los ojos con un desprecio inmensurable, me retiré de su presencia. Detesto ser grosera o tener una actitud hacia los demás que demuestre, un mínimo de mala de educación por mi parte. No sé qué me hizo sentir más vil en ese momento: sus acciones o mi actitud ante ellas. No niego la desconfianza y falta de lealtad de mi parte a Natalia, nunca le dije nada. Juzgué el incidente por mi cuenta como irrelevante y esperé que no se repitiera, y así fue, afortunadamente.

Teniendo en cuenta las relaciones de mis compañeras con sus parejas, o aún, ignorándolas, no tendría motivo suficiente ni razonable para quejarme, ni mucho menos, para odiar a Bernardo. Supongo es el sueño de toda mujer encontrar alguien así, al menos de quien busca a ese "príncipe", a ese hombre que la ame apasionada e incondicionalmente,

más que a nada ni a nadie. Bernardo lo era. Era perfecto. Era amoroso, cariñoso, se preocupaba por mí y de que yo estuviera siempre bien. Cuando me enfermaba o cuando estaba triste o molesta por algo -que no es poco usual-, se interesaba genuina y sinceramente por mí, en todos los aspectos de mi vida. Siempre mantenía interés por mi familia, incluso, hasta más que yo. Me preguntaba cómo me iba en mi trabajo, si había tenido un día difícil, o cómo estaban mis amistades, que no son muchas. Si se enteraba que alguna de ellas tenía un problema, me preguntaba qué podía hacer para ayudarles.

Por si no bastara con eso, tendía a tener esos detalles espontáneos que parecen ser la debilidad de la mayoría de las mujeres. Si tan sólo formara yo parte de esa mayoría, qué diferentes se hubieran tornado nuestras vidas, especialmente la suya.

No exagero, me mandaba flores sin razón ni justificación alguna, sólo porque sí. No únicamente en mi cumpleaños o en nuestro aniversario -el único que tuvimos-como cualquier hombre que se pudiera considerar romántico haría, y eso ya sería más que suficiente para suponer que encaja en ese concepto. Tampoco es que me mandara flores como disculpa por haberme golpeado o haberse acostado con otra, eso ni pensarlo. Bernardo me amaba a mí nada más, hasta más que a él mismo, eso era tan obvio, los dos lo sabíamos. Raro pero cierto. Nunca entenderé con exactitud el porqué. Si un buen día -no tanto para mí- le daban ganas de mandarme flores a mi trabajo, y que todos mis compañeros se enteraran, y así, fuera yo la envidia de mis no tan afortunadas compañeras, él lo hacía.

No le daba vergüenza ni miedo exponer sus sentimientos hacia mí ante los demás. Pensarán que no hay motivo real para sentirse de ese modo, que no hay sentimiento más maravilloso que el del amor, el sentirse enamorado. No puedo concordar ni contradecir esa idea porque no me es familiar ese sentimiento. Eso no significa que no pueda verlo en los demás. Bernardo se sentía tan cómodo expresando esos sentimientos cómo le placía, tanto que, disfrutaba de hacerlo. Todos los días me decía que me amaba, no sería capaz de decir con algo de certeza cuántas veces me lo habrá dicho, lo que sí es seguro, es que lo hizo en más ocasiones de las que habría debido. No es que exista un límite que esté prohibido sobrepasar, pero se trata de mí y, sí, conmigo sí hay límite, que es muy corto y estrecho.

Era un buen hombre: leal, amoroso, comprensivo, generoso. Si tan sólo me hubieran importado, aunque fuera alguna de todas esas virtudes tuyas. No, eso no me importaba para nada, en lo absoluto. No me importaba, no me interesaba, no podía evitar odiarlo. Era tan bueno que, si no podía amarlo como lo hacía él a mí, querría haber sido capaz de ignorarlo, que me fuera indiferente como cualquier otro ser más que soportar en esta vida. No podía. Me molestaba al grado que su sola presencia se había

vuelto insoportable para mí. El sonido de cada respiro silencioso, cada palabra acertada que salía de su boca, cada expresión amable de su rostro, cada movimiento gracioso de su cuerpo... yo no podía, ya no...yo deseaba, tan sólo quería...

Ya pasó. Lo hecho, hecho está. No me arrepiento.

Ya sé, soy una maldita perra despiadada, sin corazón...fría. No me importa eso tampoco, debería, pero no.

Mis sentimientos hacia Bernardo no siempre fueron de odio. Cuando lo conocí, ese día que lo vi por primera vez, el pensamiento más pronto en mi cabeza fue: qué atractivo, qué rostro tan bellamente masculino.

Era un tipo de lo que se dice bien parecido. Guapo y con ese encanto que lo hacía adorable y atractivo al mismo tiempo. Ese tono en su voz, tan cálido que hasta mi atención hubo logrado cautivar, aunque haya sido por un poco.

Eran tan notorias, a simple vista, todas esas virtudes en él, desde las más superficiales e inútiles, hasta las más deseadas y escasas. Quienes sabían que éramos pareja o quienes, por casualidad, en algún festejo de sus amistades o evento de su trabajo, se enteraban de que éramos novios, parecían sorprenderse de que Bernardo estuviera conmigo. Si bien no considero mi apariencia sea desagradable, Bernardo, sin lugar a duda, podría haber tenido a la mujer, incluso, a todas las mujeres, que él hubiera querido. Más bellas, más cariñosas, más comprensivas que yo. Ni se necesitaba esforzar mucho para encontrar cualesquiera de esas cualidades en alguien más.

Esa era yo, la que él quería, la que quiso. Era casi imposible que alguien se le pudiera resistir, tanto que, ni yo, siendo algo distinta de la mayoría, soy prueba de lo contrario. Pero, por la razón que él solo sabría, estaba conmigo. Insisto que, ni en ese tiempo, jamás lo entendí. Aún y cuando algunas personas no parecían extrañarse de nuestra relación, lo que sí parecía ser común en casi todos -todas- eran los celos. Todavía me da risa. ¿Celos? ¡Por favor! A nadie le importa, sí, a nadie. Ni a Dios mismo le importa si eres más bonita y delgada, si tienes montones de amigos que te quieran, o si eres lista, refinada y elegante y, por si todo eso fuera poco, también tienes un exquisito sentido de la moda que se aprecia en tu buen gusto al vestir. En resumen, cualquiera podía ser mejor que yo, en todos y cada uno de los aspectos que a alguien se le puedan ocurrir, y aún así, no importaba. Bernardo estaba conmigo, y era porque él así lo quería. Así que, sólo me quedaba con las ganas de decirles: *¡Supéralo! y sigue con tu vida. Si él no está contigo es porque no quiere. Simple.* Tan simple que yo lo hice. Lo superé, no antes que él a mí. Me había superado: todos y cada uno de mis límites, hasta los que yo desconocía y que me los hizo conocer tan bien, él los superó, más que nadie lo había hecho nunca. Mi

paciencia, mi tolerancia, mi tranquilidad, mi libertad, mi pura soledad.
Terminó con todos y cada uno de los aspectos más valiosos en mi vida,
los que más aprecio en el día a día, los que me hacen posible sobrellevar
lo que sea que es esta vida.

Capítulo 3

III

Hasta este día, al pesar de mi orgullo, o sea más bien, de algo de vanidad que queda en mí, no he logrado olvidar cada palabra y gestos intercambiados durante la conversación que tuvimos al conocernos.

-No te vayas. Ya voy a desocupar la mesa. Dijo Bernardo mientras yo me daba la vuelta con pesada urgencia para alejarme, al ver que la mesa que usualmente ocupaba en el mismo café al que siempre acostumbraba ir, estaba ya ocupada por él.

-Ah...no, está bien. Hay más mesas, casi está vacío. Contesté en ánimo de no afectar la comodidad de aquel hombre que no era más que un extraño, a quien nada debía más que mi tolerancia, y ese fue el modo que elegí para demostrárselo.

No era raro que aquel lugar estuviera menos ocupado que mi agenda el fin de semana...o cualquier día. Me pregunto cómo hacían los propietarios para subsistir, por mera curiosidad, claro; la respuesta me da igual, no les cuento esto para hacerme de la Madre Teresa, hasta donde vamos, eso ya ha quedado claro. Lo único relevante –apenas– para contar en este momento es que aquel café era casi tan solitario como yo; me gustaba visitarle para hacernos compañía, solos los dos. Él ponía la bebida, y yo ya un poco desinhibida, me encargaba del resto. Me digo que no hacemos tan mal par, y aunque no es sorpresa y tampoco me voy a adelantar a dar motivos por ahora, no creo que sea prudente de mi parte seguir visitándole. Ya lo entenderán, el porqué de mi decisión. Sólo diré que no es su culpa, ni de nadie, mía tampoco... bueno, un poco, tal vez. No me gusta echar culpas, lo hecho ya no tiene remedio. No sirve de nada acongojarse y señalar culpables cuando algo ya es irremediable. El reconocimiento de culpa es tan útil como una disculpa, por más sincera que sea. Como si el resultado de nuestras acciones fuera a cambiar por decir fuiste tú, fui yo, fuimos todos...nadie fue. Qué más da. Se acabó, final de la historia... pero no de esta.

Podía sentarme a tomar café en silencio, sin persona que invadiera la atmosfera de mi tranquilidad mientras fallidamente intentaba resolver crucigramas, sabiendo que había de dejarles eternamente inconclusos. Lo hacía por pasar el rato entretenida en mi ignorancia, para ver cuántos espacios encrucijados lograba llenar, ni pensaba en terminarlo. Ya que, si no me apetecía empezar algo que no era capaz de terminar, mejor optaba por mi preferido quehacer: armar rompecabezas. Ya sé, ya sé, es tan aburrido. Tal vez es por eso que me gusta, no por aburrido, sino porque los otros lo creen aburrido. Me gusta ir contracorriente de vez en cuando, vaya, muchas veces. Lo hago tan sólo por entretenimiento, aunque con

algo de fortuna, y en su ausencia, con mucho de optimismo, la rebeldía hasta resulta divertida.

Llegaba a aquel sitio a eso de las cinco de la tarde y me podía quedar hasta las doce de la medianoche, hasta cuando ya cerraban el local. Todas esas horas de valiosa vida desperdiciadas tratando de poner un rompecabezas junto, o al menos, esforzándome para armar lo más que pudiera. Todo para que, al retirarme, lo desarmara y lo guardara en su caja nuevamente. Ya dije, horas y horas desperdiciadas. No para mí; si me era hasta emocionante ir descubriendo pieza por pieza, hacerles encajar con conocimiento de su posición... o suposición, a la fuerza o por mera gracia divina, ya ni digo de la sensación producida al destruirle. Era el clímax obvio, ese al que me había estado anticipando sin prisa desde que tomaba la caja con ansias reservadas y le destapaba revelando la desnudez de su interior, con todas sus piezas acariciándose unas a otras.

En ocasiones sólo pasaba una hora, o no más de un par, armando un rompecabezas y ya estaba frustrada. Por más que trataba de que las piezas encajarán unas con otras, nada resultaba como la imagen que te venden, digo, esa que muestran en la caja. Cualquier parecido con la realidad no es coincidencia. Así funciona el engaño. Ya dije que no sirve de nada señalar culpables, pero si sucumbes a tu ingenuidad y te crees que lo que ves es todo cierto, es tu culpa ser engañado. Ya ni me creo que la gente no busca serlo, parece que hasta les resulta placentero con sus "Yo no sabía" acompañados de sus "Es que yo no pensé que...". No me la creo, ni tantito, bueno, les daré crédito con la parte de la pensada, pero hasta ahí.

Ya no me desvíó más, por ahora. Sepan el resto de aquella conversación.

-Pero siempre te sientas aquí. Replicó Bernardo, no con desconcierto por mi decisión sino expectante a mi respuesta. Bernardo era muy seguro y confiado, muy confiado. Le costó caro.

-¿Perdón?- Pregunté en un lapso de ingenuidad –estupidez-, y yo sí, con desconcierto, sin entender el motivo de su comentario.

-Siempre que vengo, bueno, la mayoría de las veces, supongo, te he visto sentada aquí. Puedo ver el porqué. Tengo cuatro horas trabajando aquí y parece que sólo fue media hora.

-Sí, es que nadie pasa por este lado, nadie te interrumpe, sólo ves la pared.

-Sí, debe ser eso. Ni se escuchan bullicios tampoco. Podrían matarme aquí y nadie se enteraría. Bernardo soltó una risa moderada al no saber si su broma me haría gracia. Lo hizo, en aquel momento y más ahora. Aún así, escogí no reírme, no quería que lo tomará ese gesto espontaneo como

una demostración intencional de simpatía.

Ignoré su comentario a chiste y continué.

-Lo vería posible si estás pensando en el suicidio. Aquí todo está tan callado porque estás tú solo.

-Y ahora estás tú.

-Sí. Ya no te quiero interrumpir... con tu trabajo. Con permiso. - Me di la vuelta para tratar de alejarme lo más pronto posible, aunque sin éxito, dados mis "gentiles" modales aunados a la habilidad de Bernardo para continuar eternamente con una conversación. Sentía no tener oportunidad de alejarme de ahí.

-No, ya estaba terminando. Siéntate...si quieres.

-De verdad, me siento en otro lugar. No se va a acabar el mundo...bueno sí, pero no ahora, no por esto. Hubiera sido una grata coincidencia si al terminar de decir aquello, hubiera caído un asteroide gigante que acabara con todo el mundo y cada ser infeliz que le habitamos; un verdadero alivio sería, pero con mi suerte...bueno, ya saben que no sucedió.

Insistí en mi ingenuidad, creyéndome capaz de lograr mi objetivo: terminar la conversación y retirarme lo antes posible de ahí, de su presencia.

-¿No quieres sentarte a platicar conmigo? Está bien, supongo que no es mi día de suerte. Noté que el tono de Bernardo incitaba a desafiar mi compasión.

-Al parecer, ni el mío. No pensaba encontrar a nadie aquí. Dije mirando fijamente a los ojos de Bernardo. Me resistía a complacerle sólo porque no me daba la gana de cambiar mis planes. Deseaba pasar un rato sola y él buscaba interponerse entre mis más fervientes deseos y yo.

-Entonces, no queda más que compartir nuestros infortunios. ¿Te sientas?

-En serio, no quiero molestarte. Contesté mientras sentía se me acababa la paciencia.

-Pues me está molestando que no te quieras sentar aquí, a platicar conmigo...sólo un poco.

-Ya pues. Exhalé mi frustración y luego me senté en la silla al lado de la suya, la única que quedaba vacía en la mesa. Fue tan evidente mi gesto

que Bernardo se sintió obligado a dar un paso atrás.

-Estaba jugando. Si no quieres, no. Tampoco es a la fuerza.

-No me gustan esos juegos. Entonces, ¿quieres que me vaya?

-No, a menos que tú quieras.

-¿Me obligaste a sentarme?

-No. Cómo sería capaz.

-Exacto.

-A menos que, ¿me haya perdido de algo...?

-Lo más probable. Pero al menos, ya no soy la única que se siente perdida.

-¿Siempre eres tan franca?

-Mmm...Supongo, no tanto por gusto, pero no es que tenga opción. Tú, ¿siempre eres tú?

Bernardo se rió ante la obviedad que implicaba la respuesta a aquella pregunta, decidiendo mejor continuar con otra interrogante de respuesta igualmente obvia.

-¿Hay algún modo de que no lo sea?

-No, realmente no. Puedes pretender no serlo, pero no es más que eso, seguirías siendo tú fingiendo ser otro. Así que, sí, yo también soy yo...siempre.

-Ya me caes bien, y ni si quiera sé cómo te llamas.

Entonces le dije mi nombre, y agregué, con algo de sobrada, bueno, arrogante franqueza...ya, cinismo:

-Cómo si importara mi nombre.

-Claro que sí, tengo que poner un nombre cuando guarde tu número de teléfono en mi celular.

-No estoy segura de eso.

-Yo sí.

-Bueno, menos mal. Yo sólo estoy segura de la muerte y nunca me he sentido tan efusiva ante tal certeza.

Bernardo se rio aún más. Y continuó.

-Bernardo. Mucho gusto. Y, por supuesto, extendió su mano en un gesto de saludo. Al que correspondí mayormente por cortesía y un poco por la intriga causada ante su insistencia hacia mi.

Bernardo era, ante todo, educado. Era esa una de las cosas que me gustó de él. Siempre era atento con los demás. En todas esas situaciones cotidianas que se presentan, aquellas que no te dificultan la vida en gran medida, pero aprecias que alguien más se esmere por hacer que no las tengas que enfrentar tú solo, ahí estaba Bernardo. No dudaba en brindar su ayuda a los demás, sin pensarlo, ya estaba estirando la mano para ayudarte a levantarte si te caías, para abrirte la puerta para que pasaras sin demora, todo, sin que nadie se lo pidiera, era instintivo para él.

Con las mujeres que se pudieran cruzar por su camino, especialmente. Era atento y considerado, era incapaz de ignorar el trato que un caballero debe al sexo opuesto. No me malinterpreten, no era machista, pensando que las mujeres son tan frágiles que requieren de algún trato "especial", ni tampoco era que creyera que tenía que poner a las mujeres en un pedestal y arrodillarse a adorarles. Sencillamente, entendía las diferencias, esas que la naturaleza misma se encarga de hacer evidentes, entre hombres y mujeres. No tenía diversa motivación para fijar su comportamiento dentro de los parámetros de la definición textual de "caballero" más que el hecho de que le gustaran las mujeres. Si hay algo que te encante en la vida, le das más importancia que al resto. Era sólo eso. Dos más dos son cuatro. Lo evidente no se juzga.

Esa característica parecía hacerlo encantador...hasta que ya no me parecía más. Ese encanto que me adormecía en un sueño sin sentido por un par de horas al día, terminó por volverse una asfixiante pesadilla de todo el día, de la que no hallaba cómo despertar para que el terror acabara.

Capítulo 4

IV

Los humanos en desespero a no perder la esperanza somos capaces de crear frases tan ridículas que pecan de absurdas: Un "Ya nada es lo mismo" junto con "Todo es mejor con esa persona a tu lado". Acompañado por un "cuando estás enamorado, lo sabes, es algo que se siente, es inexplicable" y seguido del clásico "Cuando vez al amor de tu vida, lo sabes a la primera...sientes mariposas en el estómago". Y cómo olvidar la mejor de todas, esa tiene que ser el "Nadie es más importante que esa persona". ¡Bah, meras patrañas! Nada más. Nunca he entendido qué se supone que signifiquen todas esas palabrerías, creo que ni lo haré.

Cuando conocí a Bernardo creí que lo haría, que entendería, que tal vez todas esos dichos que eran ajenos a mi entendimiento cobrarían sentido, al fin. Como un rayo de luz al amanecer penetrando mis pupilas sin piedad, así de pronto tendría una visión reveladora que me despertara de una buena vez con la claridad del conocimiento y me sacara de la abismal oscuridad de mi ignorancia: ¿Qué quiere decir la gente con todo eso? ¿Qué es eso del "amor"?

La luz sería muy brillante que me cegó o tan lenta que nunca llegó, pero de las penumbras nunca me sacó.

Pensaba que debía darle un poco más de tiempo a las cosas con Bernardo, a lo mejor, eso era todo lo que hacía falta, tiempo nada más. Más tiempo para convivir juntos buenos ratos y no tan buenos, también. Pasar más tiempo juntos seguramente haría que sintiera mayor afecto por él y así, podría sentir todo lo que se supone debía de sentir.

Sé que estaba más equivocada que un treinta de febrero en el calendario. En aquel momento no lo noté, por más obvio que resulte que esa fecha es mera fantasía, no me di cuenta. Supongo que escogí no verlo, preferí sucumbir ante mi curiosidad que ser leal a mi aburrida razón.

¿Cómo se sentiría tener algo de compañía? ¿Sería el amor como todos lo describían?, ¿sería algo inexplicable o hasta algo emocionante? ¿Sería verdad que no habría sentimiento mejor?

Caí, como una estúpida -pero no una enamorada-, caí. Traté de jugar un juego del que ni sabía las reglas, mucho menos, el objetivo. Debí haberlo sabido. Era -soy- una ingenua novata que nunca sería competencia para el profesional experto. Si bien el amor puede asemejarse a un "juego", tiene que ser a uno divino. El problema resulta cuando te das cuenta que los jugadores son humanos, todos, por completo, de pies a cabeza. Decepcionante. La excepcional idea que presupone el juego se vuelve

ordinaria y pierde el atractivo. Otro juego mundano más que no me interesa.

Tuve que escuchar a mi estúpida curiosidad. Ahí voy yo, la muy idiota, a obedecerle como si supiera más ella y fuera a alejarme de mis dudas. ¿Qué va a saber la curiosidad que no sean meras suposiciones?

Pero es toda mi culpa, yo cedí. Aún si es injusto, admito que le guardo un poco de rencor. ¿Cómo no hacerlo? Me envolvió con sus argucias baratas de "¿Qué tal si...y si fuera cierto?", con el pretexto de que a lo mejor encontraría a quién querer. Pero si yo ya lo sabía, no necesitaba de la "ayuda" cizañera de la curiosidad para sembrarme la incertidumbre. Yo ya tenía la certeza de lo que quería y siempre querré: mi soledad. Estar sola me llena de felicidad. Solo la idea de la soledad es emocionante. Pensándolo, todo eso que la gente dice del amor, es algo parecido a lo que siento cuando estamos juntas mi soledad y yo. Ahí las dos, haciéndonos compañía sin decirnos nada, en plena comodidad para ser quienes somos, sin pretensiones ni condiciones. Nos reprochamos no poder pasar más tiempo en compañía una de la otra. Me entiende mejor que nadie porque yo la quiero como es, aunque muchos la desprecien, pero es más temor que desdén que le tienen, eso porque no se permiten conocerla como lo hago yo. Disfrutar de su presencia es una sensación...inexplicable.

Desde la infancia fui solitaria. No tuve nunca muchos amigos, eso por plena elección, además, como resultado de las decisiones que me llevaba a tomar mi propio carácter. De haberlo querido, podría haber tenido más amigos en mi sola infancia que los que he tenido durante toda mi vida. Ignoro el porqué de que otros niños se acercaran a mí para conversar e invitarme a jugar. De entre tantos otros, yo era su elección, no de todos ellos, pero de más de los que podría nadie creer. Pensaba que de empezar por preguntarme mi nombre pasaríamos a jugar y luego esperarían algo más comprometedor, así como una amistad. No habría de permitirlo. Casi nunca dejaba que pasara de una primera conversación incómoda, que sólo continuaba por temor a ser descortés, pero no me impedía terminar declinando de sus conveniencias invitaciones de juego. Me parecía extraño involucrarme en actividades que exigían gran soltura familiar con personas que desconozco. Me ha sido, y creo siempre lo será, difícil congeniar con los demás.

Las personas creen que soy un poco "rara", lo sé porque no dudan en decírmelo. Les parece que soy "distinta" a los demás pero, ¿quién no? Todos somos diferentes, así que, en eso todos somos iguales.

Tal vez sea eso lo que los hace encontrarme más interesante de lo que realmente soy. No tengo una personalidad extravagante, vaya, yo ni

"rara" me creo. Me siento muy normal, sea lo que eso quiera decir; lo que yo quiero decir es que no me siento tan diferente. Soy una persona más en el mundo. Todos podemos tener "rarezas", encuentro eso muy normal. Ya que, si se trata de perspectivas y hacer cuentas, seguramente que la rara sí termino siendo yo. Porque encuentro que la mayoría de la gente comparte ciertas ideas de ciertas cosas y yo, nomás no lo veo, no veo lo que ellos ven. Entonces me doy cuenta que "ellos" son más y deben ser los "normales", pienso según mi lógica; pero tiende a diferir de la de la mayoría. Así que, ¿yo qué sé de lo raro o de lo normal? Seré uno o lo otro, o ambos y todo lo que quede atrapado en el medio, todo a la vez. Da igual. Soy lo que soy, sea lo que eso sea.

Y es que no se trata de que yo lo piense o no, eso sale sobrando cuando esperas no perder el sentido de la realidad; que no es otra cosa que la percepción de la mayoría. No la mía, no la tuya. La de "todos"...o casi. Así que si soy rara o no, ustedes decidirán. Encuentro desagradables los halagos. Ya sé que eso no es tan raro, hay muchas personas que no se sienten cómodas con ellos, no saben cómo reaccionar apropiadamente. Eso no es nada inusual, la gente se puede sentir apenada por no saber cómo corresponder un halago. Pero cuando digo que me desagradan, debo decir mejor que les aborrezco. Me causan repulsión, las entrañas se me retuercen queriendo escapar de mi cuerpo para no presenciar la situación bochornosa.

No parto de la suposición que el halago es una mera opinión basada en la observación, sino de una acción que demanda una reacción. Lo encuentro tan vulgar. Nada más que generosidad onerosa. Te doy esto que no me pediste y ahora estás en deuda conmigo. Si alguien te dice "Qué bien te ves" o "Qué amable de tu parte", es esperado que le contestes con un "Gracias" o "Es un placer". Y lo puedes notar en sus miradas radiantes que les vuelven sus ojos como dos monedas de oro y en sus sonrisas avaras que esperan algo a cambio. Esperan la respuesta, no han hecho una pregunta, y aun esperan respuesta. Han de pensar que hago lo que hago para que me den una palmada en la espalda por lo "bien" que lo hago. Hago lo que hago porque quiero y puedo, eso es todo. Si te agrada, qué bueno, no lo hice por ti más que por mí. Si te benefician mis acciones y aparentan ser dirigidas a tu bienestar, últimamente las realizo pensando en el mío. Sí, ¿por qué ser cortés se trataría de tu comodidad y no de mi tranquilidad? Si los dos ganamos, qué bien. Pero si alguien tiene que perder...¡Adivina! No seré yo.

Como quiera que sea, no me impongas el deber de una reacción a una acción que no solicité. No aprecio esas mañosas intenciones mezquinas disfrazadas de bondades de complacencia pura.

He llegado a pensar que las personas se complacen de los halagos recibidos porque les causan sensación de una aceptación social afectuosa, y eso les lleva a sentir un nivel cierto de pertenencia. Eso es en lo que

encuentran satisfacción en esta vida. Unos hasta poseen un obsesivo anhelo por la idea de ser adorados. Patético.

Me da igual pertenecer o no, aquí o allá y en todo el trayecto intermedio. ¿Pertenecer a qué o a dónde? ¿A quién? Nunca he tenido opción, siempre seré, por mi mérito o su capricho, de Dios.

Dejando lo divino de lado -por el momento-, prefiero sentirme invisible. Andar sin que nadie me note, que no les queden a las gentes palabras para ser dichas a mí, que me dirijan nada más que su silencio. Que nadie me pueda hacer cuestionamientos absurdos que sólo acaban con mi paciencia porque ni sabrán qué hago, dónde estoy, si es que estoy, soy o existo del todo. Inexistente. Si fuera posible, preferiría eso a que alabanzas banales. Algún día lo será, que saberlo me sirva de consuelo.

Así, la soltura de Bernardo para conversar con cualquier persona extraña y no tan extraña me desconcertaba, en ocasiones, llegaba a fastidiarme. No entendía cómo ni, menos, por qué lo hacía. Me molestaba esa cualidad en él, y no era esto por mi falta de entendimiento, menos por envidialo, tan sólo encontraba detestable que hiciera eso. Esa actitud suya era, no solo ajena a cualquiera mía, sino que me resultaba extraña y fuera de todo comportamiento que, para mí, sería natural en cualquiera. No comprendía cómo le era posible actuar con tanta naturalidad frente a esas personas que no conocía, que nunca antes había visto. Cómo osaba a intimar con ellos, dejándoles saber sus pensamientos, desde los menos relevantes hasta los más íntimos: sus gustos, su opinión en un tema de época, aun si no fuese controversial, y peor, sus sentimientos. No podía concebirlo. Asco vuelto horror. No podía soportar más de esas situaciones, no quería.

Quería huir, estar sola, desaparecer de este mundo, irme lejos, al lugar más remoto que exista, a ese que nadie pudiera acceder, tan solo yo. Pero no es sorpresa, no se puede tener todo lo que se quiere en la vida, ¿cierto? El sufrimiento será necesario para lograr la felicidad. Sin dolor no hay placer.

Ya solo me quedaba conformarme con esperar el final de cada día, si es que lograba llegar a verlo otra vez más. Después de todo el ajetreo, del ir y venir de la gente, llegaba a mi casa, me daba una ducha con agua tan caliente como le resistiera mi piel. Pretendía así, quitarme toda la suciedad que sentía adherírseme en el cuerpo, intentando escabullirse para adentrarse sin invitación a mi cabeza y, de ahí, hospedarse -todo incluido- en mi alma. Podía sentir el aroma penetrante de su hediondez en toda mi piel. Me restregaba con el jabón como si él fuera culpable; lo

castigaba haciéndole parte de mi pesar. Toda esa pestilencia era tan viscosa que no cedía ante los combates del jabón, entre yo más intentaba mandarla por el drenaje, ella se aferraba más a mi por su existencia. Lo único que lograba diluir eran mis fuerzas, y con ellas, la que se iba por el drenaje era la esperanza.

Ahí seguía, con el agua golpeando mi cabeza, recorriendo mi cuerpo y, al final, no lograba retirar toda la porquería que traía encima. Sorpresa sería que lo hubiera hecho, era tanta y tan espesa que nunca terminaría por despegarse de mi. Ya me daba igual, frustrada y exhausta por la falta de éxito, dejaba de lavarme y sólo me quedaba ahí, parada bajo la regadera, con el agua que hervía poco menos que mi sangre, empapandome de su abrazo cálido. No habían intenciones ocultas. Agua pura y transparente, sólo eso. Empezaba a sentirme yo, otra vez. Podía sentirme. Feliz, triste, perdida, sin rumbo, sin cura ni remedio; era yo, tan sólo yo. Era en ese instante en el que podía sentirme libre de todo... de todos. Ahí, con los ojos cerrados, ese segundo se hacía una hora, y esa hora duraba medio segundo. Sabía que habría de regresar a la realidad, a esa rutina, a otro día habitual más, esos de los que no sabía cómo hacer para librarme de ellos. Una rutina que ya había memorizado: rodearme, sin alternativa, de gente con sentimientos baratos que, ni ante la tentadora oferta, habría de comprarlos. No me quedaba más que tolerarles, pero me enfermaban cada vez más.